

## LITERATURA DEL SIGLO XIX.

Muchas veces hemos tomado la pluma para hablar del asunto que hoy nos ocupa, pero la poca confianza en nosotros mismos y la seguridad de no añadir un pensamiento nuevo á los que con tanta ventaja han espuesto distinguidos escritores, nos han retraído de nuestro intento: ahora que la luz de la razón principia á brillar en la literatura, elevemos nuestra voz para que unida á la de tantos otros, logre al menos impulsar su noble celo, y contribuir á la grande obra de nuestro renacimiento.

«La sociedad se desquicia por momentos,, hemos oído decir muchas veces. «La duda se apodera de nosotros, y la duda es la muerte.,» Sin meternos á indagar con cuanta razón hablaban los que tal decían, vamos á manifestar lo que á nuestro pobre entender ha ocasionado estas palabras tremendas. Hubo un día que el hombre en su demencia volvió los ojos al cielo y dijo á Dios «no creo en tu poder.,» Ese día manchó las páginas de la historia; un Pueblo perdió sus creencias y sus Dioses, y la Europa entera se estremeció. Al siglo XVIII, á ese siglo que produjo un Biron, un Walter Scot, un Goethe, un Chateaubriand y un Victor Hugo estaba reservada tan estupenda revolución. No es ciertamente á las leyes y costumbres de los pueblos á quienes echamos la culpa; á un hombre cuyo pernicioso talento cambió la faz de la tierra, es á quien lanzamos todo el peso de nuestras inculpaciones. Voltaire, ese escritor gigante que prescindiendo de su mérito no tuvo ni Dios, ni ley, ni Patria, ni fé, apareció en Francia con sus ideas de esterminio y dijo á la sociedad «esa es tu senda.,» Los franceses inconstantes y caprichosos marcharon por ella: obstáculos poderosos, inmensos, debieron retraerlos porque se estrellaban nada menos que contra el Trono y el Altar, pero el pueblo había dado el primer paso, estaba enfurecido y lo venció todo. Po-

Tomo 1º = Núm. 32.

co tiempo despues, las palabras mágicas de libertad é igualdad salían de todos los pechos y se sellaban con sangre: la filosofía política del autor de la Henriada se defendía con calor en las Juntas populares: la Religion de Moises era reemplazada por el culto de la razón y de la justicia, y la aureola de magestad que ciñera la diadema real había desaparecido con la cabeza del nieto de S. Luis bajo el hacha del verdugo. El siglo XVIII había dado un paso terrible cual nunca se viera en la historia de los pueblos; derribando de un golpe el trono y la religion, se había colocado en el borde del precipicio. ¿A quien era dado retraerla? ¿Quién había de decirle «cada paso tuyo es un decreto de muerte.,» La poesía; pero desgraciadamente se hallaba despojada de sus armas mas poderosas: el vértigo la había subyugado y arrastrádola en su carrera: al hacerse política se había manchado con sangre: siguiendo la sociedad se tornara escéptica y desesperada. No faltaron sin embargo, hombres valientes y generosos que se librarán del frenesí general; no faltaron adoradores que recogiesen en su corazón como en un sagrario los despojos que la revolución dejara de una poesía virgen y consoladora: estos, animados por la fé de sus altas, sin mas apoyo que sus conciencias y la idealidad y espiritualismo que de suyo arrojaba la causa que prohiaron, hicieron resonar sus liras con los dulces acentos de religion y esperanza, y comenzó esa lucha grande, poética y sublime en la que combatían por un lado la fé contra la duda, lo pasado contra el porvenir. Pero ¿qué puede la voz de algunos hombres, aunque vaya dirigida por la religion, contra un Pueblo avezado largo tiempo á la sangre y á los crímenes? Quien es capaz de contenerlo cuando ha roto los vínculos sociales? La Francia se hallaba en un estado espantoso: sin creencias, sin esperan-

Domingo 6 de Diciembre de 1840.

za, sin ayer, y sin mañana, se parecía á aquellos enfermos á quienes la ciencia abandona, y no obstante viven sostenidos por el mismo mal que los consume. Dueña ya de la Poesía y de las artes, las hizo reflejo de si misma. Chateaubriand con sus cantos religiosos hizo lugar al drama de circunstancias, ébrio de sangre: la Historia y la Novela se vieron acometidas por el mismo mal: la literatura, en una palabra, habia muerto en manos de la política. Llegó despues el siglo XIX ostentando el legado funesto que la revolucion le dejara al espirar, y en vez de considerar al hombre como es en si, lo miró de otro modo y apareció el romanticismo. Sin embargo, no se habia perdido todo: aun se divisaba un punto luminoso en el lejano horizonte. La Poesía de la edad media, de esa edad virgen y religiosa y creyente resucitó en Alemania á la voz de un hombre: ella debia despertar la sociedad, volverla sus creencias, inspirarla sentimientos de amor y gloria, y enseñar al hombre la senda por donde tantos siglos marcharon. Mision valiente, colosal y sublime digna de una literatura sensible y humana taria! Pero la Poesía de la edad media era demasiado pura para no relajarse en manos de los hombres: Victor Hugo halló en ello campo anchuroso donde egercer su ingenio creador, y Victor Hugo la prostituyó. El Poeta aleman se contentó con referirnos el heroismo de una edad oriental: Victor Hugo echmano de esa misma edad para retratarnos el siglo XIX: Han de Islandia y Bug-Jargal, primeros abortos de esta imaginacion calenturienta, podrán decir si nos equivocamos. El Apóstol de la nueva escuela tenia muy grabadas en su corazón las doctrinas dominantes de la época: estas eran viciosas y perjudiciales, y perjudiciales y viciosas habian de ser sus producciones. Al paso que evocaba de la tumba las Lucrecias, las Margaritas y los Franciscos primeros, daba la voz de alarma á la Literatura, diciéndonos, que á una mision importante y sublime era llamada; mision que no comprendimos, pero que á juzgar por el escepticismo y tristeza de sus obras, deseáramos no ver jamas cumplida. Por eso no dejaron de alistarse en su bandera innumerables sectarios que, inferiores en conocimientos para defender una causa imposible, lograron desacreditar al Apóstol y convertir la escuela en instrumento de torpes y mezquinas ambiciones. En este estado, ¿que le quedaba que hacer al siglo XIX? verificar una reaccion y trasladarnos á los tiempos de Shakespeare y Lope de Vega, ó cerrar los oidos á los gri-

tos del corazón y admitir la Literatura desorganizada de Jorge Sand y Balzac? Lo primero hubiera sido lo mas heróico, lo mas atrevido, la empresa mas noble y digna de un siglo que de las luces se apellidaba; pero es preciso no olvidar que al presentarse en el umbral de la vida, encontró una sociedad contaminada y una Literatura fatalista: habiendo pasado por todos los períodos de la ilustracion, no tuvo fé para emprender el largo viage que se presentaba ante sus ojos: lo halló todo destruido, y se necesitaba un genio como el de Cervantes, como el del cisne de Mantua, que, atropellando respetos humanos, cantase sus inspiraciones contra el espíritu de la época. Este genio nos faltó, y el siglo de las luces se vió precisado á marchar por el camino que los Apóstoles de una nueva fé le prefijaron. Triste condicion á la que se ven sujetos los hombres y las Naciones! El siglo XIX impaciente y animoso buscó el decantado amor ideal de la edad media y no lo encontró: se fijó en lo presente, corrió en pos de los placeres y de las orgías, y en todas partes halló el hastío: descorraia el voel que ocultaba la realidad, y la vio fria, terrible y sin encantos. Entouces volvió la vista á lo pasado y halló escombros: mas allá, la nada: se dirigió al porvenir y habia perdido la esperanza: la desesperacion sucedió á las mágicas ilusiones del primer entusiasmo y se tornó esceptico. Solamente faltaba para completar la obra que un hombre digese á ese mismo siglo que ya no creia, "sigue negándolo todo, que yo así lo hago." Ese hombre fué Biron, el cantor satánico de Childe Harold. Comprenderemos ahora ese tono moron y melancólico que hemos visto dominar por algun tiempo á nuestra querida patria? el que conozca el flaco de nuestros hermanos, esa manía de imitar al extranjero, así en lo bueno como en lo malo, se pondrá al corriente como nosotros. La poesia del cantor de Lepanto yacia aletargada: el estro de Rioja y Fr. Luis de Leon abandonado; mientras la patria de Rousseau entonaba los cánticos de la nueva fe. Llegó el dia de libertad para nosotros; se rompieron las cadenas y el Pueblo de Cervantes no miró hacia atras. Nuestros jóvenes bebieron la inspiracion en los nuevos Apóstoles de la humanidad y se alistaron en sus banderas: luego vimos circular por los Periódicos multitud de composiciones tristes, amargas y desconsoladoras: la escena invadida por dramas bastardos y palpitantes. Nos habia llegado la vez y no teniamos mas remedio que tributar inciensos á los

vivientes idolos; pero el Pueblo del año ocho, no pensaba del mismo modo: estaban aun muy recientes en su memoria los sacrificios que hiciera por su religion y sus Reyes, para olvidarlos en un momento de delirio: tanta orgía y tanto crimen no cabían en su imaginacion: por eso no comprendió al hombre maldiciente y suicida, ni pudo ver á la muger tímida y pudorosa, armada de puñales y ponzoñas para emanciparse del despotismo paternal, ó vengarse del robador de su honra: y al ver que nuestros hermanos eran honrados, valientes y generosos, cual lo fueron en aquella época de feliz recuerdo, en la que el sol de España alumbraba media Europa, y nuestras hermosas honestas y sensibles como en tiempos de los Fernandos y las Isabeles, exclamó lleno de ira: «Nuestra sociedad no es tan perversa» pero fué despreciado por sandio y añejo; y el delirio siguió; y nuevos abortos de imaginaciones febriles se vieron, y los que tanto clamaban cuando se encontraron jóvenes viejos, sin porvenir, sin ambicion de placeres, nos cantaron en fragmentos de altisonantes versos el suicidio como un bien, como el único recurso que la Providencia nos ha legado para libertarnos de esa carga, de ese tormento horroroso que llaman vida. Oh! no sabemos á donde nos hubiera conducido el frenesí de esas cabezas enfermas, si por desgracia siguen regalándonos sus pasiones volcánicas, sus esperanzas perdidas, y sus creencias muertas. No sabemos que hubiera sido del Pueblo del año ocho si la melancolía y hastío que les devoraba, llega á contagiar la parte sana de nuestros sobresalientes genios, porque, ay del Pueblo si sus prohombres se encaminan por una senda torcida! Gracias á Dios no tenemos ya porque temer. El Sol de Garcilaso y de Fr. Luis de Leon ha vuelto á brillar de nuevo en nuestro horizonte literario, y los pocos que abandonaran su claro resplandor por descubrir otro opaco y tenebroso, acuden desengañados á purificarse con tan divina luz. Inútiles son ya todos los esfuerzos por sostener una escuela réproba, aun á despecho de las Naciones. Victor Hugo y Byron dejaron de ser los Apóstoles de la humanidad: su literatura desesperada, está próxima á exhalar el último suspiro: la crítica severa é imparcial, que no se alucina con relumbrones, se ha posesionado de ella, y la ha lanzado su anatema.

Poetas, vuestro es el campo: ahora que, felizmente para nosotros, ha dejado de representarse ese drama de inmensas dimensiones, que ha tenido por Teatro la Europa, y por

actores á los Reyes y á los Pueblos dedicados á reconquistar la gloria de nuestra literatura escarnecida. La luz ha principiado á brillar: no permitais que se oculte y oscurezca entre las tinieblas del escepticismo. Si quereis inspiraciones, volad á la tumba de Calderon: allí encontrareis rodeando todavia sus preciosos restos, la aureola de divinidad que siempre le cercó. Quereis tradiciones, buscáis poesia y heroísmo? pues abrid la Historia, y fijad la vista en esa epopeya magnífica, que principia en la batalla del Guadalete, y acaba en la conquista de Granada. Vereis la lucha gloriosa y gigante entre dos civilizaciones, entre dos sectas: allí os dirán quienes fueron Pelayo, Lara, Gonzalo, Colon, y otros mil héroes. Sabreis cuan apasionados y religiosos eran los caballeros de esa edad enteramente oriental, y aprenderéis sus costumbres santas, objeto de tantas leyendas fantásticas é ideales. Acordaos sobre todo de que nuestra sociedad no se parece á la de ninguna otra Nacion, y así abandonad de una vez esa manía de apurar vuestro ingenio con pesadas y mezquinas traducciones. Dejad que los estrangeros decidan si deben dar preferencia á la desconsoladora escuela de Byron, á la melancólica de Victor Hugo, ó á la religiosa de Lamartine. Nosotros ya tenemos la nuestra, la que se forma el genio al elevar al Cielo sus acentos. Concluid de una vez esas diferencias entre clásicos y románticos: pulsen sus liras los Quintanas, los Listas, los Gallegos y tantos otros, y al fin veremos en nuestra querida España esa Literatura nacional tan deseada.

F. S.



## SONETO.

### LA REDENCION HUMANA.

Viendo el Señor la suerte maldecida  
de la raza doliente y pecadora,  
quiso que con su sangre bienhechora  
se restaurase la bondad perdida.

Obró la redencion apetecida:  
y el rayo de su luz consoladora  
le dió á la sombra del pecado aurora,  
y á la muerte del mundo nueva vida.

Lloró la tierra el funeral portentoso:

de luto el cielo se ostentó vestido:  
se estremeció de horror el firmamento.

La obra se consumó del elegido,  
y hacer indestructible su cimiento  
á los hombres por Dios fué prometido.

J. G. B.

## AL INVIERNO.

Estan yermos las campos,  
marchitos los vergeles,  
sin cántico las aves  
y sin luz el oriente:

La faz engalanada  
de la floresta verde  
yace desnuda y triste  
sin colores alegres;

Por la falda sombría,  
de las rocas silvestres,  
los fértiles pensiles,  
abatidos se estienden.

No suenan en la selva,  
cual en la época breve,  
del ruiseñor canoro  
los trinos eminentes:

Ni en el azul espacio  
de la esfera celeste  
luce el sol ostentoso,  
con magestad solemne.

¡Cruda estacion, que el brillo  
de la fulgida freate  
robaste al universo,  
con impulso tan fuerte:

¡Duro invierno! que cubres,  
con tu capade nieve,  
los mágicos encantos  
de los dulces placeres:

Asi de mi alma triste  
cambió la negra suerte  
en sombra de desdicha  
el brillo de sus bienes.

J. G. B.



## LA VÍSPERA DE LOS DIFUNTOS.

Era el día primero de Noviembre. Las campanas de los templos todos, mas penetrantes algunas

que la voz de Stentór, celebraban la festividad de los Santos. Arrobadado yo en la contemplacion de estos heroes del cristianismo, fieles observadores de la moral severa del hijo de Maria, creia verlos orlados de fulgente aureola, digno premio del triunfador de las pasiones, en torno del Ser incomprendible que hiciera en siete dias de la nada los cielos y la tierra, cuando un nuevo herir de aquellos mismos bronces atrajo imperiosamente mi estasiada fantasía que en un momento hubo de abandonar á pesar suyo la mansion de los eternos goces. Poderoso clamor! El lamentaba la ausencia eterna de los que habian sido. Con efecto, la víspera de los difuntos comenzaba. Toda la poblacion en movimiento caminaba al cementerio: seguí á la multitud, y no tardé en llegar al lugar terrible, al asilo de la muerte. Temblaré al pisar sus umbrales sino viniera en mi ayuda la idea de que aquella morada tan temida es tambien el asilo del desgraciado: ella me alentó; y, sereno en medio del grande osario, pude todavia examinar las últimas muestras del mundanal cariño en el cúmulo de epitafios que se ofrecia á mi vista. Dedicados los ví á todos los sexos, á todas las edades, á todos... solo el pobre no tenia epitafio. Pero ¡que anomalia! El usurpador que esclavizara á sus semejantes para hacerlos danzar hambrientos en sus festines; y el generoso defensor del Pueblo: el bardo inmortal que en gigantescas rimas cantó al Gran Jehova; y el autómatá que vive llamando cielo á la azulada esfera: el piotor que formando la luz y los colores engalanó la lobreguez del suelo; y el idiota que encadenó á su cuerpo el pensamiento: el que arrebatado tras del estudio de la armonía corrió á aprender sus encantos de las aves y de los vientos, de las cañas y del torrente; y el imbécil que encubriera su nada con el nombre ó el oro que heredara: la alma virtud, el vicio degradante... todo era allí anunciado; tal vez lo peor celebrado. ¡Ay! Si al menos, exclamé delante de algunos restos venerandos, una espada, una pluma, una corona distinguieran al guerrero, al literato, al artista... Mas el marmol pregona solo la sepultura del que poseyó el oro. No importa: con él se enterraron tambien sus placeres y su memoria; vuestra gloria, al contrario, principia en el sepulcro. Ved aqui vuestro templo. En esta misma tarde, ardiente juventud, emula vuestra, á acataros vendrá, y añadirá sus votos á los míos. ¡Quien sabe si, acaso en tusiasmada, prometerá volver un dia y otro dia entonando mil himnos de alabanza, hasta que sus manos generosas hayan consignado decorar dignamente el lugar de vuestro descanso, y colgar sobre las urnas del Genio los pinceles, el harpa y el laurel... El rumor de la muchedumbre me impidió continuar, y abandoné aquella morada de tétricos presentimientos antes que alguno de ellos asaltara mi corazon.

Verde ribera guió mis pasos, su mullida alfombra convidaba al descanso á mis miembros ya fatigados, y me recliné sobre ella: bien pronto el suave susurrar de los arboles que me servian de pabellon se apoderó de mi oido al paso que de mis ojos la deslumbradora corriente, y no tardé en sucumbir al influjo irresistible del sueño. Mi lecho de grama se convirtió en pedregosa colina cuya cumbre dominaba una llanura no menos dilatada que las celebradas sábanas de la Luisiana. Despejada la atmósfera cual se ofrece tras benéfica lluvia en las tardes de primavera, nada había que embarazara á mis ojos, los cuales, sin embargo, buscaban en vano un viviente: solo se divisaba en la estremidad de aquel vasto

## COSTUMBRES.

Concluye el artículo del número anterior.

La barraganía era á nuestro juicio, y no nos preciamos de asaz concienzudos ni escrupulosos, el último término del desenfreno y corrupción social de un pueblo, no solo por la entidad de tal enlace, pero tambien por la clase de la sociedad en que mas se habia cebado tan escandalosa costumbre; puesto que los clérigos eran los que retenian mas consigo las mugeres conocidas por *barraganas*. Además el sabio Marina corrobora nuestro juicio sobre este enlace, cuando dice que: *los fueros consideraban á las barraganas como unas mugeres de segundo orden, y les otorgaban los mismos favores que á las legítimas.* (1) Y en una nota á la ley 1.ª tit. 5 lib. 5 de un documento que los editores del fuero viejo conocen por la carta de Avila, vemos á no dudar que la *barraganía* era un enlace tan formal, cuanto que precedian formalidades indispensables y admitidas por las leyes de aquella época. El documento dice así. *Conocida cosa sea á cuantos vierén é oyeren pongo tal pleito con busco donna Elvira Gonzalez, manceva en cabello (esto es soltera) que vos recibo por manceva é compañera á pan é mesa é cuchiello por todos los dias que yo visquiere.*

Así nos refiere la historia que debió desvirtuarse la propension de la muger á la honestidad y al recato. Los Prelados de Castilla y algunos pocos hombres de cuenta, que aun retenian ciertos reflejos de la perdida civilización de la antigua Grecia, comunicada á nuestro suelo por los Romanos, eran los únicos españoles, que al saber reunian la fuerza moral, la veneracion indispensable en el bárbaro pueblo goda. Como sabios y experimentados varones, fuera tal cual preocupación aneja al carácter del siglo, conocian la necesidad de cortar abusos y rancias costumbres, introducidas á mansalva, de aquellas hordas feroces que á manera de torrente inundaron la España. (2) Tanto desconcierto demandaba grandes reformas, y por esta comenzaron en el célebre concilio de Valladolid, año 1228. El abuso escandaloso de los derechos conyugales, que el estado eclesiástico pretendia legitimar en mengua de su dignidad y pureza, es atacado con toda energia y decision. (3) Otro nuevo ataque recibió andando el tiempo en el Sínodo de León

(1) Dice el fuero de Plasencia: La barragana, si probado fuere buena á su señor, é buena heredera de la mitad que amos en uno ganaren en muebles é en raiz. El de Zamora dice: Et si fur barragana que coma con él á una escudilla é á una mesa, é casa contobier con ella, é non hobier mulier á beneccion, los hijos sean heredados, é en quanto ganaren en todo hayan su mestade, é esto sea con afronta de cinco homes honos á uso. E barragana que un anno estobier con su señor, é si un anno complir, haya suas vestaduras.

(2) Cuando las numerosas huestes del Norte entraron en España, contaba esta nacion bajo el poder de los romanos, mas de veinte y siete millones de habitantes. Los que arguyen del aumento de poblacion el fomento de la agricultura, ciencias, artes y comercio, consideren á qué grado de esplendor se elevára la España de entonces, sobre la España de ahora. Además, los restos de obras y monumentos romanos, que aun desafian el rigor del tiempo, son precedentes manifiestos de lo que fuera España bajo la dominacion de aquel imperio. Empero, todo se malogró, todo se perdió, todo lo destruyó el fuego y hierro de los feroces soldados ostrogodos. El cuadro lastimoso que presenta nuestra España en tiempo de aquella invasion destrozada, la cual tuvo efecto por los meses de setiembre y octubre, año 409 de la era cristiana, puede verse en los cronicones contemporaneos de S. Isidoro, Idacio, Olimpiodoro, etc.

(3) Que denunciara por descomulgadas todas las barraganas de los dichos clérigos et beneficiados; et si morieren que las entierrez en la sepultura de las bestias.

año 1267. (1) Pero al través de esfuerzo tanto, aun continuaba el vicio, cuando las Cortes reunidas en Valladolid, año 1351 (2) pidieron merced al Rey Don Pedro de Castilla contra el descaro de las barraganas. El escándalo aun proseguia veinte años despues... ¡tal es la fuerza de una costumbre tan alhagüña á un pueblo bárbaro! Mas el carácter firme y severo de aquellas juntas respetables, jamas desmayó en sus nobles empresas. Por lo que, las Cortes convocadas en Soria, año 1380, representan al Rey Don Juan I. de Castilla. (3) Este dá el último golpe mortal á la *barraganía*, logrando al fin purgar el código español de una ley tan inmundada.

Por estos y otros muchos documentos históricos, que nos libra de presentar la atencion ya cansada de nuestros lectores, se ven neutralizados los esfuerzos de nuestros antiguos legisladores por corregir una costumbre, que tanto menguaba en el bello sexo el noble orgullo de la virtud. La causa bien se entiende.

Quando el mal no se ataca en su origen no es de esperar la crisis: mas bien, todos cuantos esfuerzos se ensayan, desconocida su eficiencia, producen necesaria mente alterarlo, irritar su carácter, y presentarlo cada vez mas tenaz, vigoroso y maligno; que no de otra suerte lo acaba de presentar el libro de la historia. Y este mal está en la naturaleza, en el temperamento de la muger? No: pues, contrayendo principios al objeto en cuestion, está probado, que el carácter es independiente del temperamento. Porque una educacion culta y razonada morigera ó varía el carácter; y el hombre en sociedad se conduce con arreglo á los principios que ha aprendido ó mamado. El carácter se distingue y regula por nuestros hábitos y acciones, y ninguno debe ignorar que estos son hijos naturales de nuestros principios. Si nuestros principios son buenos, buenas serán nuestras operaciones, y el carácter lo será tambien supeditado á ellas.

Los principios, o sea el sistema de educacion, que

Item establecemos que despues que el Obispo así supier la verdad, que priva aquellos concubinarios públicos para siempre de los beneficios que hobieren....

Item establecemos et mandamos que los hijos de los clérigos que despues de este concilio nascieren de las barraganas, que no puedan heredar los bienes de sus padres.

Conc. de Vallad.

(1) Dice: que los clérigos se des aquí en adelante tobiere barraganas públicas, et hijos hobieren de ellas, que les non puedan hacer donacion, nen les dejar rein en la vida nen en la muerte á tales barraganas en á tales hijos.

(2) Dice la peticion 24.ª «En muchas ciudades é villas é logares del mio señorio, que hay muchas barraganas de clérigos, así públicas como escondidas é encobiertas que andan muy sueltamente é sin regla, traiedo paños de grandes cantias con adovos de oro é de plata, en tal manera que con ufania é sobervia que traen non echan reverencia nin honra á las dueñas honradas é mugeres casadas; por lo cual contee muchas vegadas peleas é contiendas, é dan ocasion á las otras mugeres por casar de hacer maldad contra los establecimientos de la santa Iglesia... é pidieron merced que ordenase é mandase á las barraganas de los clérigos traigan paños viados de Ipte sin adovo ninguno, por que sean conocidas é apartadas de las dueñas honradas é casadas.»

(3) Dice la peticion 8va. «Que en algunas ciudades é villa é logares del nostro regno han cartas é privilegios que los hijos de los clérigos que hobieren en sus barraganas que hereden sus bienes é de otros cualesquier sus parientes así como si fuesen de legitimo matrimonio; et que por esta razon que dan ocasion para que otras buenas mugeres así viudas como vírgines sean sus barraganas é havan de hacer pecado. Et que desto viene... muy grand escándalo é dapno á los pueblos de esto acaesce.—Y el Rey acordó. Que los tales hijos de clérigos que non hayan nin hereden los bienes de los dichos sus parientes, nin otros parientes nin havan cualquier manda ó donacion ó vendida que les sea fecha agora nin de aquí adelante; é que cualesquier privilegios é cartas que tengan ganadas ó ganaren de aquí adelante..... que non valan.»

ha recibido de muy antigua la muger, han sido malos; y malos han sido por consecuencia sus efectos.—La ignorancia, ese monstruo, que contagia la pureza del ente racional, obstruye sus facultades esenciales y le infunde la ceguedad y la osadía, ha sido considerado causa enojosa esta idea como el mantenedor de la virtud, como el preservativo del vicio. El saber en España, valiéndonos de la misma espresion del célebre Inarco, *era un delito*, y como delito le conjuraban todos, y la ciencia especialmente en la muger, que suponían los mas reacios y preocupados de un carácter maligno, se contemplaba entonces con ojos de espanto y de temor. Levábase á mal que la muger supiese leer y escribir, y en muchos casos se le negaba hasta el uso de la palabra. Así, envuelta en las tinieblas de la mas triste ignorancia, era víctima las mas veces de la sagacidad y del dolo; porque el vicio oculta las negras tintas y deformidad de su rostro con un antifaz hermoso y placentero para burlarse de la inocencia. Como el antiguo caballero, endeizador de entuertos, protector del desvalido, defensor de las doncellas, ocultaba, rebozado en su capa en medio de la noche, una espada teñida con la sangre inocente del deshonrado padre ó esposo. ¡Digno cuadro de la barbarie de aquellos siglos, tan fielmente representado en nuestras comedias *de capa y espada!* (1)

Con efecto, como la ignorancia fuera el primer elemento que ha constituido la educacion de nuestras mugeres, fueran tambien de esperar los desaciertos lamentables de su conducta. Porque los principios de la virtud, de la moral esencial, solo estriban en el cultivo de la razon en los progresos de las facultades intelectuales. Ciertamente que hay mugeres muy virtuosas, sin cultura ni trato social; pero la virtud de estas es una virtud insegura, es una virtud espuesta á las falaces seducciones del vicio y de la perfidia. Porque la virtud de la muger ignorante está sujeta á las vagas ideas del capricho; la de la muger ilustrada está grabada en el corazon con el sello indeleble del convencimiento y de la experiencia. Aquella puede llevar su infamia al estremo, porque no puede comprender la gravedad del delito; al paso que la otra teme ser mala, porque teme el terrible sacrificio de su opinion, de su consideracion social, de su dulce existencia; porque comprende ademas el mecanismo del corazon humano, y sabe muy bien, que la pureza es el resorte mas seguro para mover el corazon del hombre, y ganarse su amor y respeto.—La muger, entre otros beneficios, no menos considerables, pero mas secundarios, que reporta de la ilustracion, halla ciertos goces, ciertos recursos para ocupar utilmente aquellas horas de inmovilidad y de hastío, tan frecuentes en el pesado curso de una vida uniforme, sin movimiento, obscura... Ademas, el cultivo de la razon con la sana lectura es el único medio de fijar una imaginacion viva y precoz, de ocupar el inmenso vacío de una mente virgen que, engolfada en un mar de ideas grandes, nuevas, alhagüeñas... hallará el bálsamo consolador de un corazon que vive, solazado entre los varios ceñages de la fantasia, recibiendo nuevas impresiones, engañando los causados dias de la vida con el interés ilusorio de una continua esperanza... como el mar vive recibiendo sin cesar el torrente de todos los rios.

Cuan útil es á sus semejantes, sobre su propia utilidad, la muger que ha recibido una educacion culta, es punto no dudoso, y muy pasado en cuenta: como

(1) Los que quisieran saber la verdadera posicion de nuestras antiguas damas y giro que tomo su caracter, lean las producciones del teatro antiguo español, especialmente las de Calderon, Tirso, Moreto, Montalvan y Rojas.

tambien que la mayoría va conociendo el fundamento de nuestra opinion, vá mitigando los padecimientos sufridos por la muger en mil injustas privaciones, va ofreciéndola al mismo tiempo los goces de la sociedad y de la vida; y considerada como compañera en vez de esclava, ve el mejor modo de evitar los peligros, en que puede perecer su honor y su felicidad.

N. S.

## FLORESTA.

### *Teatros. Gemma di Vergi, ópera de Donizetti.*

Con placer nos vamos á ocupar hoy del nuevo espectáculo lírico que ha admirado el público zaragozano. Sobre ser una de las composiciones que mas engrandecen la brillante y bien adquirida reputacion de su autor, merece mencionarse especialmente su feliz éxito y lo esmerado de su ejecucion.

La *Sra. Dabedilhe*, orgullo y prez de nuestra escena, como díjimos antes, estuvo superior á todo elogio. Qué dulzura y espresion en el canto, qué gracia y dignidad en los ademanes y que magica poderío para conmover el ánimo del espectador. Qué efecto tan prodigioso, qué encanto tan sublime y arrebatador nos causó el oírle con los mas delicados tiernos y dienos sentidos acentos, la lindísima *preghiera* del segundo acto. Estasiados contemplabamos los penetrantes ecos de la desventurada *Gemma* hasta que un estrepitoso y general aplauso vino á sacarnos de nuestro arrobamiento. Era el homenaje al talento. Era el tributo de admiracion y aprecio con que el público distinguia a la cantante española. Era en fin un nuevo triunfo de la joven y distinguida artista que aumenta las glorias de la España y cuyo indisputable mérito debemos acatar. Por dó quiera que dirijamos nuestra vista observamos la alegría y ensusiasmo, y no se oían otras voces que, *bravissimo, admirable*. Siga la *Sra. Dabedilhe* como hasta aquí, y desde luego le aseguramos que su nombre llegará á figurar entre los primeros en el gran catalogo de las notabilidades líricas.

La *Sra. Ruiz*, que con la mayor amabilidad se ofreció á hacer la parte de *Ida*, la desempeñó muy bien, principalmente en el cuarteto, en que mostró mucha firmeza y afinacion; por lo que le aconsejamos, que no vacile otra vez ni tema el tomar papeles de esta especie, pues aunque simple corista conoce el canto mas que algunas segundas donnas.

El *Sr. Balestracci* ejecutó divinamente el *Tomas* y lució su robusta voz con maestria y limpieza; principalmente en el dúo con la *Sra. Dabedilhe*, donde fué llamado con esta por dos veces á la escena. Nos agradó mucho la fuerza y valentia con que cantó. *Me toglieste á un dolo ardiente, Ai deserti, alle foreste*.

Los puntos fuertes de este cantante son admirables, y hay ocasiones en que nos arrebató.

De intento hemos reservado el hablar hasta aquí del *Sr. Bonafós*. Este artista ya nos había hecho entrever sus colosales facultades en los difentes papeles que ha ejecutado: mas donde las desplegó extraordinariamente fue en la noche de la *Gemma*. Nos había gustado mucho en la preciosa aria de la *Sonambula* pero no creíamos pudiera sorprendernos del modo que lo hizo en el desempeño del difícil *Conde de Vergi*. Cantó con mucho tino aplomo y energia; y le vimos presentarse en escena con resolucion y desembarazo. A nuestro modo de ver donde mas perfecto y acabado encontramos su *debut*, es en la tan aplaudida *cabaleta*.

*Questa soave immagine  
Calma i miei spiriti. ep' armi  
Veder sereno splendere  
Il tempo che verrà.*

Dijo estas notas con una verdad, con un entusiasmo que nos conmovió e insensiblemente nos hizo mover las manos y aplaudir á una con el público. Mucho nos hemos alegrado de que se haya proporcionado esta ocasion de hacer ver al *Sr. Bonafós* la consideracion y aprecio que nos merecen sus talentos, y el placer con que su obsequio haremos correr nuestra pluma para tributarle los debidos elogios á que se haga acreedor, pues estamos íntimamente interesados en su perfeccion.

J. M. de U.

E. R.—U. Roquer.

Zaragoza: Imp. de C. Juste.—1840.

y silencioso horizonte un vapor apenas perceptible del cual parecía salir un rumor confuso y desconocido. Este y aquel crecieron bien pronto, y nubes de polvo anunciaron á todo un pueblo que venia en mi direccion, mezclando sus lúgubres conciertos con los mas terribles alaridos. Eran los *Chinos* que conducian un cadaver al lugar de la sepultura. Traianle en un rico féretro vestido de sus mejores ropas, con todas las insignias que argüian su calidad, abierta la boca y puesta en ella una moneda de oro, unos granos de trigo y algunas perlas: precedian diferentes figuras de carton que representaban esclavos, seguianlos los deudos y amigos del difunto vestidos de blanco, los portadores de los perfumes, los músicos, y las plañideras llevadas en palanquines: llegados á la cima de un suave cerro celebraron devotamente el sacrificio, dirigieron una fervorosa plegaria al Grande Espíritu en obsequio del muerto, y lo colocaron en la tumba que cercaron de arboles y olorosos arbustos, entre las ceremonias de los bonzos y los alaridos de las mugeres. Otra tropa no menos numerosa seguia á la anterior: era de *Americanos*. Esta procesion de matronas, doncellas, ancianos y mancebos, todos casi desnudos pero bien armados, ofrecia con la talar y embarazosa vestimenta de los que acababan de desaparecer un contraste no menos gracioso que el de sus vistosos y abundantes penachos con las desnudas cabezas de los *Chinos*, defendidos no mas que por la justicia de sus leyes. Traian tambien un cadáver coronado de plumas, pintado el rostro, puestas á un lado las armas que honraran su juventud, y al otro el báculo que sostuviera su ancianidad, encadenados sus perros mas leales al féretro de cedro: habia sido ya perfectamente lavado apenas cerrados los ojos, espuesto al aire libre por muchos dias, y embalsamado por medio de un betun hoy desconocido. Conducido delante del ídolo favorito oraron los agoreros: los parientes y criados del muerto se despojaron de sus mejores adornos y los colocaron sobre él en señal de dolor, hizose luego otro tanto con el corazon de los perros fieles, ofrecidos en espñacion por su amo; y tomando en andas el cadaver, lo llevaron á sepultar en la falda de una montaña, dejándolo en el nicho cubierto de ricas pieles cual una estatua en el tabernáculo. No tardó en oirse el himno de la muerte, y poco despues los descompasados gritos de la multitud que prometió repetirlos durante algunas lunas en aquel mismo lugar. Cubiertos de un traje amarillo, largo el cabello cuanto corta la barba, llegaron con mesurado continente los *Egipcios*, trayendo en ataud de honorosas é incorruptibles maderas un cadaver ligado de la cabeza á los pies con vendas de lino empapadas en disoluciones resinosas, y con una moneda en la boca. Habia sido ya intimado por el heraldo (1) y sufrido el terrible juicio por cuyo medio los sabios legisladores de la tierra de Mesraim lograron imponer al malvado, por podero que fuera, puesto que sabia que el violador de las leyes debia quedar irremisiblemente insepulto, y condenado su nombre á la execracion: y embalsamado en seguida con aquel peregrino esmero que aun hoy ofrece prodijiosamente conservadas las momias egipcias, despues de mas de dos mil

años. Uno de los parientes del difunto pronunció la oracion fúnebre, limitada á su piedad para con los dioses, y su rectitud con los hombres; pero sin omitir que habia satisfecho todas sus deudas: y fue trasladado el cadaver precedido de los sacerdotes al campo de los muertos, donde lo dejaron de pie en el sepulcro de sus mayores. No tardó en seguir á los *Egipcios* un entierro *Griego* no menos abundante en luces que los nuestros. Abia la marcha un carro de músicos cuyos tristes acentos publicaban las virtudes del muerto: seguianle sus hijos, deudos y amigos, descalzos los pies; y tras estos precedia á los sirvientes, plañideras y víctimas el cadaver cubierto de flores y aromas en un ataud de ciprés: marchaba junto á él el portador del agua lustral; y en este orden llegaron á la pira donde, puesta al cadaver una moneda en la boca, el pariente mas proximo del difunto encendió la hoguera. Oyose entonces la música del *libera* [1] mientras se sacrificaron las víctimas; y pronunciado el elogio fúnebre, vertióse vino sobre las llamas para estinguirlas. Recogidas en seguida las cenizas y puestas en una urna de madera incorruptible, fueron conducidas con lento paso al lugar de la sepultura. Allí se celebraron diferentes juegos: los jóvenes lucieron su agilidad en la carrera, y su destreza en la lucha, formaron graves y magestuosas danzas; y terminó aquella funcion con un banquete durante el cual los convidados, coronados de siempreviva, celebraron las bellas acciones que habian distinguido al finado.

Pero ya entonces la interminable esplanada que me cercaba habia apenas á contener tanto pueblo como se habia agolpado en torno mio movido de un mismo impulso. Los *Judios* á un lado vestidos de un saco grosero, cubierta la cabeza de ceniza, y descalzos los pies, se atanaban en consumir la mirra sobre un cadaver, para conducirlo al sepulcro de sus padres entre un coro de flautistas. Al otro se ocupaban en tan piadoso ejercicio los *Romanos*, colocando en el féretro al cadaver embuelto en una tela [de amianto para recoger sus cenizas, quemado que fuera. Habia ya recibido el último osento de su mas próximo dendo, que le cerrara los ojos y los labios: sonaba todavia la trompeta *conclamatoria*, y se descubria á lo lejos la pira cuadrada en cuya direccion desfiló el acompañamiento fúnebre, muy parecido al de los *Griegos* pero mas fastuoso, precedido de los bufones que remedaban la voz y gestos del difunto, y de los bastos de sus ascendientes que no habian sido condenados; y seguido de los esclavos manumitidos por el muerto, cubierta la cabeza con el gorro de libertad. Allí se veia una tropa de *Etiopes* que llevaba á sumergir en el Nilo á un cadaver dentro de un baul de vidrio. (2) Mas allá otra de *Turcos*, vestidos de azul, que á la voz de los muecinos, partia conduciendo un cadáver embuelto en un sudario al lugar de la sepultura donde en medio de las oraciones de los imanes le colocó vuelta la cabeza al oriente entre elevados cipreses, romeros y otros arbustos de un olor delicioso. En fin al pie de la colina en que me encontraba rodeados de

(1) Hechas por este al Cadaver en las orillas del Aquerusia diferentes preguntas, concluia: la ley te lo pregunta, la patria te oye, la verdad sola debe juzgarte. Cuarenta jueces incorruptibles, oidas las acusaciones contra el muerto, decidian si habia ó no merecido los honores del sepulcro.

(1) Chateaubriand dice que segun antigua tradicion, este canto es el mismo que se usó ya entre los atenienses 450 años antes de la era cristiana.

(2) Dió lugar á creerlo así la circunstancia de conservar los Etiopes en sus casas los cadáveres durante un año cubiertos de una resina diafana que permitia verlos.

ungüentos (1) se esforzaban en vano los primeros Cristianos en parodiar la preparacion con que los Egipcios mantenian incorruptos sus cadáveres. Embalsamado el que iban á sepultar y envuelto en finos lienzos, oraron en derredor del ataud mientras se reunió el numeroso acompañamiento que entonando los salmos condujo entre mil luces el cadáver á una gran, gruta escavada en la profundidad de la tierra donde solo rara vez por medio de agujeros se templa el horror de las tinieblas (2) Allí le colocaron en la tumba, y con él su biografía, el evangelio, algunas cruces y hojas de laurel: bendigieron los sacerdotes la sepultura; y ya creía yo terminada tan triste ceremonia cuando una música lúgubre pero estrepitosa entonó el *requiescat*. Aquel laberinto de galerías subterráneas hizo resonar de manera en mi oído la última despedida que, horrorizado, desperté temblando, de noche y heladas mis venas por el frío de la muerte. No ya moverme exclamé, para ver muertos. Necio de mí! Ellos viven, puesto que prueban la calma; nosotros por el contrario llevamos el epitafio en la inquietud de nuestras frentes: los vivos todos no somos mas que otros tantos cadáveres, y cada poblacion un cementerio. (\*)

J. M. E.

(\*) Nota de la Redaccion. La abundancia de materiales que habia en la redaccion cuando fue puesto en ella este artículo no permitió hacer uso de él con la debida oportunidad.

## POESIAS

*Leidas en el Liceo Artístico y literario de Huesca en la Sesión de competencia, que celebró la noche del 8 de Noviembre de 1840, con motivo de los aplausos recibidos por el socio D. Bartolomé Martínez, Autor del drama titulado, Doña María de Lastanosa.*

Las glorias de Aragón! te entusiasmaron,  
y tu dorada pluma condugeron;  
ellas, vate feliz tu norma fueron,  
y de gloria inmortal te coronaron.

Colmaste ya tu afán y tu desvelo;  
frusto será tu nombre en nuestra historia,  
y un recuerdo eterno de tu memoria  
conservará orgulloso nuestro suelo.

No aban dones ¡más la senda hermosa,  
que propicio el destino te ha marcado;  
siguela con teson, bardo ilustrado,  
aunque estéril la veas y escabrosa:

En ella encontrarás un gran renombre  
que al talento es debido solamente;  
de gloria entonces lleno y esplendente,  
en nuestra historia vivirá tu nombre.

Y el oscense Liceo que te aclama,

(1) Tertuliano dice que los primeros cristianos gastaban mas ungüentos en embalsamar los cadáveres que los paganos en sus sacrificios.

(2) Así describe S. Geronimo las catacumbas,

y la lira inesperta que ora suena,  
con la dulce emocion que hoy la enagena  
contemplará tu merecida fama.

M. L. y L.

## SONETO.

Roto el cetro y el manto! desceñido,  
te muestras hoy, ciudad dominadora.  
¿Quién al verte caduca dice ahora:  
«Esta es Huesca que al árabe ha vencido?»

Tus alcázares reales han caído  
por la diestra del tiempo destructora;  
nadie te llama ya la gran señora,  
que en su regazo al Rey ha sostenido.  
¿Y quedarán tus glorias olvidadas  
y dormida estarás en tus blasones?  
no, ciudad soberana; que cantadas,  
por el genio serán en blandos sonos:  
mirale, aqueste es; hoy son grabadas  
por él en les anales tus acciones.

J. P. y M.

Esos aplausos que oiste,  
y el placer que brilla aquí,  
ya sabes en que consiste;  
todo es, amigo, por tí,  
pues así lo mereciste.

Tú, Martínez, el primero  
en abrir el paso has sido;  
tú estas mostrando el sendero,  
que á la gloria ha conducido:  
sirvenos, pues, de lucero.

Todo parece, verás,  
en este mundo doloso;  
las penas, el gozo, más  
el corazón ambicioso;  
pero el injeño jamás.

Esta alma pura y gozosa,  
aunque escasa en tu león,  
no desea ya otra cosa  
que consagrarse al autor  
de *María Lastanosa*.

F. de A.

## Soneto.

Las glorias de Aragón, oh caro amigo!  
sonaron en tu lira melodiosa;  
cantaste con dulzura prodijiosa  
sus fieros venerandos... mas ¿qué digo?  
De vil adulacion siempre enemigo,  
reconozco tu musa! venturosa  
inspirándote idea tan grandiosa,  
que al Liceo merece grato abrigo.

Este sabio Liceo que te observa,  
sin cesar un momento de elogiarte,  
estasiado te dice sin reserva:

«Hoy tu patria ha logrado demostrarte  
que honra tanto la oliva de Minerva,  
como el lauro inmortal del fiero Marte.